

LA VIDA DIFÍCIL.

José Aguilar

Entonces me di cuenta de que se me había mojado el reloj, el agua bien caliente y jabonosa, el agua como una sopa de burbujas porque la Vieja tiene el frío del tiempo metido entre los huesos, y yo con la esponja en la mano, y la mano en el agua, y el reloj en la muñeca, y la esfera toda empañada y sudando humedad. Ya está, pensé, me lo cargué...el reloj de papá, que no es que me dejara muchos más recuerdos, el pobretón de papá, siempre apretado para sacarnos adelante a mamá y a mí, siempre trabajando y llegando a las tantas, el tristón de papá. Y aún porque el reloj se lo regalaron los de la oficina cuando la jubilación, que si no de qué se lo hubiera comprado papá, y ahora...bueno, siempre me queda la hora en la pantalla del móvil, o en los relojes viejos de los demás viejos, aunque a la mayoría ya ni siquiera les importa el tiempo, ese tiempo que se les va yendo apresurado o se les fue ya del todo, el tiempo que se llevó a todos esos viejos con él. Como también le empieza a pasar ya a mamá, aunque todavía no es como a Antonio o a Mercedes y a los demás viejos que cuido cada día, que me parece que me miran, pero igual ya ni me ven o al que ven no es a mí y creen que soy su hijo, el hijo que ven realmente desde esa mirada disipada y empañada por la demencia, la misma mirada empañada que empieza a anidar en mamá desde hace meses, la mirada de los que están como en otro mundo o donde esté toda esa gente cuando se les va la razón y la memoria y los motivos o las ganas o la fuerza para levantarse, cuando la voz empezó a no ser la suya y se olvidaron no ya de las llaves de su casa, sino que no sabían ni siquiera para qué servían las llaves y a la vez dejaban de reconocer a sus hijos o los confundían con sus nietos y gritaban o lloraban porque no venía su mujer o su marido y resulta que habían muerto hacía ya más de cinco, más de diez años. Y esos mismos familiares a los que ya no reconocen son los que ahora me contratan para cuidar a su padre, a su esposa, a su madre, a la tía Encarna o al abuelo Juan, pero ese viejo, como la Vieja, con su piel áspera y manchada, muchas veces ese viejo ya no es su padre ni su esposa ni su madre ni la tía Encarna, porque ya hace tiempo que partieron: esos que fueron no están aquí. Ya no están ellos porque no están sus voces, sus recuerdos, sus afectos, ni siquiera sus nombres. Apenas quedaron sus cuerpos pero invadidos y suplantados paulatinamente por otros, otros que son los que son ahora, los que ahora gritan o sollozan de noche o cantan o blasfeman ¿por qué tantos blasfeman? Es como en esa película en la que hay una especie de vainas de las que salen unos extraterrestres que se apropian de los cuerpos de los humanos, pero como si los extraterrestres fueran en este caso una raza de inútiles, de inválidos blasfemos, extraterrestres que se agitan descontrolados o se encogen como fetos, como insectos sin crisálida, y aúllan y se orinan y se defecan en el pañal, el que yo tan profesionalmente les coloco para que no molesten a sus familiares hasta que vuelva a ir al día siguiente, puntual como sus excrementos, a lavarlos y a peinarlos, a cambiar su ropa y las sábanas, esas sábanas impregnadas de un aroma agrio y sucio como el de los perros mojados. Y ya ves lo que le va a importar a la Vieja que se me haya estropeado el reloj de papá porque se me olvidó quitármelo y ahora a ver quién se lo quita para que no se moje más,

porque la Vieja se desmoronará como un castillo de naipes a poco que la suelte y se ahogará en el agua escasa y sucia de la bañera como una Ofelia decrepita y demenciada, toda manchas y arrugas en su piel de papel, mientras las manecillas del reloj de papá se entretienen levemente cuando pasan por la niebla que ahora hay entre las nueve y la una y mientras las gotitas de la esfera hacen que el diez se desdibuje, aunque yo sé que está ahí el diez, pero de alguna forma ya no está más, como la Vieja, que a saber cuándo debió desaparecer y empezar a vivir la vida difícil, la vida ya de ser la Vieja y no más la Señora Viudes, la Señora que seguro se pasearía por la ciudad con su visión y sus joyas, las que ahora llevará su nuera, aunque no se las ponga cuando me paga a mí, no sea que me dé por pedirle el aumento que se me ocurre cada día uno de cada mes, porque esto no hay quien lo pague, que si la vida no estuviera tan difícil también para mí...y menos mal que me saqué lo de auxiliar de clínica, porque para asear viejos hay mucha gente y ya hay hasta enfermeras cuidando viejos, enfermeras que se las dan de expertas en demencia o en geriatría o en ostomías o sondas o en estimulación o en lo que se les ocurra, y todo con tal de cobrar más y justificar que sólo pueden estar media hora al día y no una y media como me paso yo con cada viejo, que me cuesta por lo menos media sólo meterlo en el baño o lavarlo en la cama, y eso es lo que tendría que haber hecho con la Vieja, lavarla en la cama, y así no estaría el reloj de papá anegado, empañado como el espejo donde me veo solo a medias frotarle la espalda a la que fue Señora Viudes, donde quiera que se fuera la Señora y dejara paso a la Vieja, a este despojo medio engatillado que babea con la boca entreabierta y apenas parpadea, con esa expresión que es la misma que invade ya a mamá, esa expresión que surge en mamá cuando me pregunta por Rafael y se extraña de que yo no conozca al Rafael ése que ella llama continuamente, una evocación que igual viene del mismo sitio donde los otros viejos perdieron sus recuerdos, y en cambió mamá recuperó uno, aunque perdió el de papá, que por él ya no pregunta nunca, igual es porque ya hace tiempo, que ya debe hacer trece o catorce años que murió el pobre papá, pero ella pregunta por ese Rafael y dice que por qué no viene ya, que ella seguro que lo perdonará por haber salido tarde del trabajo, aunque dice también que ya se hace tarde y si no su padre no le va a dejar ese rato de conversación con Rafael, en la esquina de la calle. Ella sabe que su padre les mira desde el balcón de la casa y no se pueden ni dar la mano porque si lo hacen luego habrá discurso de su padre y a lo peor ni les deja volver a verse, a Rafael y a ella, en toda la semana y recuerda que le iba a decir algo así como "Rafael que nos tenemos que casar, que al hijo hay que darle un apellido", eso es lo que dice mamá, y también dice que lo va a esperar pero que a esto, a "esto", dice, le quedan dos meses para que todo el mundo se dé cuenta, Rafael. Y no sé por qué me viene esto a la cabeza ahora que el reloj de papá se empaña y ya no sé si es hora de sacar a la Vieja de la bañera y de darle su pastilla y tampoco sé si el reloj de papá es ya el reloj de papá y quién es ese Rafael y dónde estará ahora además de en la obsesión de mamá en esperarlo tras una jornada de trabajo que no acabó nunca y en contarme su recuerdo una y otra vez. Su recuerdo surgido de donde la Vieja olvidó a la Señora, tras la neblina donde la manecilla del reloj ya se paró.